

ou catorze versos, que lhe dão todo aspecto de um soneto em latim, embora no ritmo dactílico da poesia clássica de Roma". Más adelante demuestra que en la edición *Gradus ad Parnasum* de Noël (1852) se atribuye al poeta Janus Vitalis "com dez versos apenas, isto é, sem os dois últimos dísticos".

El humanista colombiano Miguel Antonio Caro utilizó esta edición: "que, no século passado, verteu para latim o poema quinhentista do licenciado Rodrigo Caro, *La canción a las ruinas de Itálica*. Ao juntar à sua versão para latim uma pequena antologia de composições sobre ruínas, *Epigrammatum de ruinis spicilegium*, Miguel Antonio Caro não pôde deixar de verificar que os sonetos de Quevedo e de Spenser por ele citados, e cuja relação exacta entre si Caro ignorava, eram a versão do epigrama nos dez versos que deste conhecia e tinham final idêntico que reflectia também uma origem comum". Asegura Da Costa que Caro pensó que el poema había sido escrito por un poeta italiano en "vulgar ou em latim". Esta idea, no del todo segura, encuentra su respuesta definitiva para Caro en la famosa biografía de Samuel Johnson hecha por su amigo Boswell. En cuanto a Miguel Antonio Caro, "...descoberta assim a origem comum dos sonetos de Quevedo e de Spenser, nesse epigrama latino de que nunca chegaria a ver os quatro versos finais, ignorou a existência do soneto intermediário de Du Bellay. A este conheceu-o o seu compatriota Rufino José Cuervo, como já dissemos [...], mas ignorou Cuervo, por seu turno, a existência primordial do epigrama de Janus Vitalis". Parece que Miguel Antonio Caro "não chegou a ter conhecimento do artigo de R. J. Cuervo na *Revue Hispanique*".

La discusión continúa en torno a los imitadores y seguidores del poeta. Se dan, además, algunas notas biográficas del autor y la bibliografía de la publicación de los epigramas del sacerdote de Palermo.

ANA RUTH MENA BETANCOURT.

J. J. A. BERTRAND, *Cervantes en el país de Fausto*. Traducción de José Perdomo García. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1950. 230 págs.

Los lectores de esta obra (que serán muchos, sin duda, porque se trata de un libro muy original, muy erudito y muy ameno) se enterarán, antes de todo, de cómo (cap. I) desde mediados del siglo XVII y llevadas a Alemania por soldados españoles instalados en guarniciones germanas, se empezaron a conocer en la gran nación del Rin las obras novelescas de don Miguel de Cervantes Saavedra, de algunas de las cuales hasta llegaron a publicarse traducciones, pero sin que nadie, absolutamente nadie, barruntara siquiera el verdadero valor de tales obras; verán que, durante la primera mitad del siglo XVIII (cap. II),

y ello a causa de que los textos españoles no eran accesibles sino a través de la forma y de la interpretación que habían recibido de Francia, llena las letras alemanas, en lo que a él se refiere, un Cervantes cortado a la francesa, creador de un Quijote completa y totalmente galicado; asistirán luego (cap. III) a la profunda crisis que en el mismo siglo sacude bruscamente las inteligencias, y las conduce al humorismo, a la sátira y a la crítica, circunstancias todas estas que explican el que ya en obras como la de Bodmer titulada *Kritische Betrachtungen über die poetischen Gemälde der Dichter*, lo mismo que en los proemios y en las notas con que ilustran Lessing y Nicolai sus traducciones de algunas de las *Novelas ejemplares*, se descubra un mundo nuevo y deje de ser Cervantes un fantasma nebuloso; en el año de 1776 podrán fojear (cap. IV) la traducción que, con el nombre de *Leben und Thaten des weltlichen Junkers Don Quixote von Mancha*, hizo el erudito F. J. Bertuch de la obra maestra de Cervantes, traducción que — aunque notoriamente imperfecta — suscita numerosos estudios, en varios de los cuales se nota ya la tendencia a considerar las novelas cervantinas, y particularmente el *Quijote*, no tan sólo como ficciones más o menos entretenidas, sino como las reacciones de un alma ante los diferentes estímulos del corazón, de la naturaleza y de la vida; se interesarán ardentemente (cap. V) en conocer a fondo la actitud asumida por Wieland, Herder, G. de Humboldt, Schiller y Goethe con respecto a Cervantes y a su obra, actitud que resulta de una enorme pero fría simpatía, puesto que don Quijote representa para las inteligencias de los clásicos únicamente algo como la magnífica pintura al fresco de un mundo lejano, muy lejano; conocerán de qué modo (cap. VI), estando como está la obra toda de Cervantes íntimamente vinculada con las más grandes preocupaciones intelectuales, don Quijote debía aparecer como una especie de fantasía, algo así cual si fuera posible la búsqueda de una flor de las hadas; presenciarán entretenidos (cap. VII) la intensa pugna que se libra por aquellos tiempos entre varios letrados alemanes, con motivo de la traducción del *Quijote* que el librero Unger confió primero a Federico Schlegel, a su hermano Guillermo después y a Eschen en seguida y, por último, al poeta Luis Tieck, quien realizó una discutida traducción cuyo mérito mayor fue el de originar una más, la de Soltau, germen, a su vez, de nueva polémica que, naturalmente, refluye en un mejor conocimiento de Cervantes; compararán con respeto y simpatía (caps. VIII y IX) las opiniones emitidas por los hermanos Schlegel en relación con Cervantes y con su obra, opiniones que denuncian en Federico un filósofo empeñado en todo instante en encontrar la causa íntima de todos los fenómenos, y, en Guillermo, más que al buzo de las ideas al profesor acostumbrado a la clasificación y a la síntesis; como figura contrapuesta a las figuras — sobrado adustas — de los hermanos famosos, aparecerá luego ante sus ojos (cap. X), detallada hasta lo más, la humanidad apasionante de Luis Tieck, personaje

importante en lo que llama Bertrand "la batalla de las traducciones" y a quien los serios reparos que se hicieron a su versión del *Quijote*, muy especialmente (cap. XIV) los profundos estudios a que se vio obligado con la traducción de otras obras cervantinas y la revisión total — para la reimpresión — de su discutido *Quijote*, convirtieron en intérprete admirable de muchos enigmas de Cervantes; se verán invitados (cap. XI) a discutir con Schelling, el pensador que tanto se esforzó por introducir la realidad de las cosas en la filosofía idealista, afirmaciones sobrado atrevidas que convierten a Cervantes ni más ni menos que en un filósofo romántico; con entusiasmo creciente podrán enterarse (cap. XII) del amor realmente frenético con que los escritores todos de la primera generación romántica acogen no solamente el *Quijote* sino también las obras dramáticas y novelescas del Príncipe de los ingenios españoles, a quien llegan a considerar como uno de los mejores intérpretes del alma compleja de Alemania; verán después (cap. XIII) que tal interpretación sólo podía surgir en una ideología romántica que ha contrapuesto al igual que Fichte el yo con el no-yo, y comprenderán por qué los románticos de la segunda generación, más humanos, purificarán tal interpretación hasta humanizarla completamente; no tardarán en ver (cap. XV) de qué manera la violentísima reacción clásica a que dan origen las exageraciones del romanticismo, por una parte, y los avances del racionalismo, por otra, se ensañarán contra Cervantes, a quien, no obstante la acerbía de los golpes, no podrán arrojar de su pedestal; llegarán poco después (cap. XVI) al estudio pormenorizado del siglo XIX, el siglo de la investigación histórica, y deducirán, de los datos que presenta Bertrand, que lleva Cervantes en el alma alemana una vida larvada, distinta a la que llevan los artistas puros o eruditos, y que si se vuelve a sentir afición por España es únicamente como reacción contra Francia; adentrados luego en los propios meandros del movimiento realista que se inició por entonces en todas las artes alemanas (cap. XVII), y también en las propias entrañas del movimiento idealista que surge como antagonista del anterior (cap. XVIII) se darán la satisfacción de contemplar cómo, por obra del realismo, el partido de Sancho es el que se sigue preferentemente en la época de Bismarck, a tiempo que, por virtud de la tendencia idealista, torna don Quijote a convertirse en el amo de las inteligencias y de los corazones; se vencerán, finalmente, de que (cap. XIX) en los últimos años, arrastrada Alemania por el nazismo, perdió el gusto por el pensamiento puro y volvió la espalda a sus románticos y a su gran pasado, pero que, después de la guerra, se reencuentra a sí misma bajo las ruinas sangrientas y sigue, una vez más, el luminoso ejemplo de don Quijote.

*Cervantes en el país de Fausto* es, pues, una obra de enorme importancia, no solamente para los muchísimos admiradores de Cervantes sino también para los aficionados a los estudios de literatura comparada. Pudiera decirse que se trata de un libro de viajes, ya que el lector se

siente como conducido a través de tres siglos, de dos lenguas y de dos naciones, por la mano muy experta de un guía en el que se confunden el erudito que nada ignora del tema, el crítico que sabe deducir admirablemente las causas y los efectos, y, para remate, el artista que sabe dar a sus pensamientos la forma de mayor belleza.

Lástima grande, eso sí, de que la traducción abunde en oscuridades y en galicismos.

NICOLÁS BAYONA POSADA.

M. ROMERA-NAVARRO, *Estudios sobre Gracián*. (University of Texas, Hispanic Studies, vol. II). Austin, 1950. 146 págs.

Entre los clásicos españoles es el padre Baltasar Gracián, quizás, el que ha llegado hasta nosotros con estampa más borrosa, con carácter más discutido, con obra menos puntualizada: hombre muy virtuoso para Lastanosa y sujeto vil para Matheu; escritor de genio para Bouhours e indigno de leerse para Sanz de Proxida; sacerdote ejemplar para Ferrer y mal sacerdote para Rouveyre; concierto para Landa y desconcierto para Coster. Pero debemos regocijarnos de todas estas diferencias. Y debemos regocijarnos porque las brumas mismas que envuelven la vida y la obra del ilustre aragonés, han excitado a muy eminentes investigadores a bucear en el abismo del alma y de los libros de Gracián, ávidos de arrancarles — como en parte lo han conseguido ya — muchos de sus secretos más hondos.

Entre tales investigadores está el profesor Romera-Navarro, el más afortunado de todos, porque ha sido también el más constante. Varios lustros hace, en efecto, que brindó a los aficionados de la literatura española, desde las páginas insignes de la *Hispanic Review*, el estudio titulado *El humorismo y la sátira graciana*, el mejor sin duda alguna — por su sagacidad crítica, por su abundante documentación y por la originalidad de sus conceptos — de cuantos ensayos se han publicado sobre el tema. Es, en realidad, una apasionante incursión por todas las simas del alma contradictoria de Gracián, ingenio de primera categoría, cimas y las simas del alma contradictoria de Gracián, ingenio de primera categoría, pero corazón amargado como ningún otro.

A tal estudio, suficiente por sí sólo para hacer la fama de un gran crítico, siguieron tres más, publicados también por la *Hispanic Review* en sitio de honor: *Las alegorías del "Crítico"*, regio ensayo que muestra cómo despliega Gracián en sus obras todas las más variadas y fastuosas alegorías; *La Antología de Ansay*, originalísimo trabajo en el cual demuestra plenamente — y ello mediante confrontación cuidadosa de la estructura ideológica y sintáctica del Prólogo que precede a la famosa Antología — que es Gracián, y no otro, el discutido autor de tal Prólogo, y, finalmente, la curiosa reimpresión, con el título de *Dos aproba-*